

CAPÍTULO XXI.

Torpe es aquel á quien estando en edad mayor, coge la muerte ocupado en negocios de no conocidos litigantes, procurando las lisonjas del ignorante vulgo; y torpe aquel que ántes cansado de vivir que de trabajar, murió entre sus ocupaciones. Torpe el enfermo, de quien por verle ocupado en sus cuentas, se rie el ambicioso heredero. No puedo dejar un ejemplo que me ocurre. Hubo un viejo llamado Turanio, de puntual diligencia, y habiéndole Cayo César jubilado en oficio de procurador sin haberlo él pedido, por ser de más de noventa años, se mandó echar en la cama, y que su familia le llorase como á muerto. Lloraba, pues, toda la casa el descanso de su viejo dueño, y no cesó la tristeza hasta que se le restituyó aquel su trabajo: tanto se estima el morir en ocupacion. Muchos hay de esta opinion, durando en ellos más el deseo que la poten-

cia; para trabajar pelean con la imbecilidad de su cuerpo, sin coudenar por pesada á la vejez por otro algun título, más de porque los aparta del trabajo. La ley no compele al soldado en pasando de cincuenta años, ni llama al senador en llegando á sesenta. Más dificultosamente alcanzan los hombres de sí mismos el descanso que de la ley; y miéntras que son llevados, ó llevan á otros, y unos á otros se roban la quietud, haciendo los unos á los otros alternadamente miserables, pasan una vida sin fruto, sin gusto y sin ningun aprovechamiento del ánimo. Ninguno pone los ojos en la muerte, todos alargan las esperanzas, y algunos disponen tambien lo que es para despues de la vida grandes máquinas de sepulcros, epitafios en obras públicas, ambiciosas dotaciones para sus exequias. Ten por cierto que las muertes de éstos se pueden reducir á hachas y cirios, como entierro de niños.

LIBRO SEXTO.

A POLIBIO

DE CONSOLACION.

CAPÍTULO XX (1).

Nuestros cuerpos, comparados con otros, son robustos; pero si los reduces á la naturaleza, que destruyendo todas las cosas, las vuelve al estado de que las produjo, son caducos; porque manos mortales ¿qué cosa podrán hacer que sea inmortal? Aquellos siete milagros (y si acaso la ambicion de los tiempos venideros levántare otros más admirables) se verán algun día arrasados por tierra. Así que no hay cosa perpétua, y pocas que duren mucho. Unas son frágiles por un modo, y otras por otro; los fines se varian, pero todo lo que tuvo principio ha de tener fin. Algunos amenazan al mundo con muerte, y (si es lícito creerlo) vendrá algun día que disipe este universo, que comprehende todas las cosas humanas, sepultándolas en su antigua confusion y

(1) No se hallan los demas capítulos de este libro, y algunos quieren que sea continuacion del libro *De la brevedad de la vida*. Don José Rodríguez de Castro, en su *Biblioteca española*, tomo II, dice:

«Del libro *De consolatione*, que envió á Polibio, consolándole por la muerte de su hermano, faltan los diez y nueve primeros capítulos y parte del vigésimo. Este Polibio era liberto del emperador Claudio y uno de sus validos; estaba instruido en la lengua griega y latina, y era estimado de sus coetáneos por sus producciones literarias. De este Polibio se valió Séneca para volver á la gracia de Claudio; y porque se excedió en los elogios que hace de él y del Emperador, es criticado de adulador, y tenido este libro por indigno de un filósofo estoico.»

Juan Alberto Fabricio, en el capítulo IX del libro II de la *Biblioteca latina*, dice que Séneca escribió este libro en el año tercero de su destierro en Córcega.

tinieblas. Salga, pues, alguno á llorar estas cosas y las almas de cada uno. Laméntese tambien de las cenizas de Cartago, Numancia y Corinto, y si alguna otra cosa hubo que cayese de mayor altura, pues áun lo que no tiene dónde caer, ha de caer. Salga asimismo otro, y quéjese de que los hados (que tal vez se han de atrever á empresas inefables) no le perdonaron á él.

CAPÍTULO XXI.

¿Quién hay de tan soberbia y desenfrenada arrogancia, que en esta inevitable necesidad de la naturaleza (que produjo todas las cosas á un mismo fin) pretenda que él y los suyos hayan de ser exentos, queriendo libertar alguna casa de la ruina que amenaza á todo el orbe? Será, pues, de grande consuelo pensar cada uno que le sucede lo que padecieron todos los que pasaron, y lo que han de padecer todos los que vinieren; y juzgo que por esta causa quiso la naturaleza que fuese comun todo aquello que hizo más acerbo; porque la igualdad sirviese de consuelo en las asperezas del hado. Y no te ayudará poco el considerar que el dolor, ni á tí, ni á la persona que te faltó, ha de ser de provecho; con lo cual no has de querer dure lo que á entrambos ha de ser infructuoso. Si con la tristeza hemos de aprovechar algo, no rehusó dar á tu desgracia la parte de lágrimas que ha quedado de las mias, que si te han de ser de algun provecho, todavía en estos ojos, consumidos con llantos domésticos, hallaré algun humor. No ceses, lloremos; que yo quiero tomar por mia

esta causa: «A juicio de todos fuiste, oh fortuna, reputada por acerbísima, en haberte desviado de aquel que por beneficio tuyo habia llegado á tanta estimacion, que ya su felicidad (cosa que pocas veces sucede) estaba libre de la envidia. Ves aquí á quien diste el mayor dolor que pudo recibir viviéndole César; y despues de haberle cercado por todas partes, conociste que sola ésta quedaba descubierta á tus heridas. Porque, ¿cuál otro daño le podias hacer? ¿Habíasle de quitar las riquezas? Nunca vivió sujeto á ellas, y ahora, en cuanto puede, las desecha de sí, y en medio de tan gran felicidad en adquirir las, ningun otro mayor fruto saca de ellas, que la ocasion de despreciarlas. ¿Habías de quitarle los amigos? Sabias tú que era tan amable, que con felicidad podria substituir otros en lugar de los que les quitases; porque de todas las personas poderosas que yo he conocido en las casas de los príncipes; á solo éste he visto, cuya amistad (con ser tan útil) se busque más por aficion que por interes. ¿Habíasle de quitar la buena opinion? Teníala tan asentada, que no eras poderosa á desacreditarle. ¿Habías de privarle de la salud? Conocias que su ánimo (no sólo criado, sino nacido en las ciencias) estaba de tal manera fundado, que se levantaba sobre todos los dolores del cuerpo. ¿Habías de quitarle la vida? ¿Qué tan grande daño piensas que le hacias, habiéndole prometido la fama larguísima edad? Él hizo de modo que ésta le durase en la mejor parte; porque habiendo hecho excelentes obras de elocuencia, se libró de la mortalidad. Todo el tiempo que duráre el dar honor á las letras, y miéntras se conserváre el vigor de la lengua latina y la gracia de la griega, vivirá entre los insignes varones, cuyos ingenios igualó; y si rehusáre esto su modestia, entre aquellos á que se aplicó.»

CAPÍTULO XXII.

«Pusiste, pues, la mira en aquellos en que más le podias ofender; porque cuando cada uno es mejor, sabe por la misma razon sufrirse más, cuando te ve enfurecida sin causa, y tremenda entre los halagos. ¿Qué te costaba dejar libre de injurias aquel varon, á quien parece habia venido tu liberalidad, movida más por razon que por tu acostumbrado antojo? Añadamos (si te parece) á estas quejas la buena inclinacion de aquel mancebo que cortaste entre sus primeros acrecentamientos.» El difunto, oh Polibio, fué digno de tenerte por hermano, y tú eres dignísimo de no tener ocasion de dolerte, áun por muerte de algun indigno hermano. Él tiene igual testimonio de todos los hombres que le echan menos en honor tuyo, alabándole en el suyo, sin que jamas hubiese tenido accion que con gusto no le reconocieses. Tú áun para hermano menos bueno fueras bueno; pero habiendo tu piedad hallado en él idónea materia, se extendió con más libertad. Ninguno conoció con injuria su potencia, á nadie amenazó con que eras su hermano. Habíase ajustado al ejemplo de tu modestia; porque cuanto eres de esplendor á tu linaje, le eres de carga para que te imite, y él satisfizo á esta obligacion. ¡Oh duros hados, nunca justos con las virtudes! Antes que tu hermano conociese su felicidad, fué arrebatado. Bien veo que esta mi indignacion no es

suficiente; porque no hay cosa tan dificultosa como hallar palabras proporcionadas á un gran dolor; pero ea, si nos ha de ser de algun provecho, quejémonos. «¿Qué es lo que quisiste hacer, oh injusta y violenta fortuna? ó tan presto te arrepentiste de tus dádivas? Qué crueldad es ésta? Hiciste division entre dos hermanos, deshaciendo con sangriento robo la concórdísima compañía, y turbando la casa adornada de tan concordes mancebos (sin que en ellos hubiese alguno que degenerase), sin razon alguna la sacrificaste. Segun esto, no es de provecho la inocencia ajustada con las leyes, ni la antigua frugalidad, no la potencia de grande felicidad, no la observada abstinencia, no el sincero y puro amor de las letras, ni la conciencia limpia de toda mancha.» Lloro Polibio, y advertido con la muerte de un hermano de lo que puede temer en los demas, viene á tener temor en lo mismo que es el consuelo de su dolor. Hazaña indigna. Lloro Polibio, teniendo propicio á César. Sin duda, oh fortuna, emprendiste esta crueldad para ostentar que ninguno puede ser defendido de tus manos, áun por el mismo César.

CAPÍTULO XXIII.

Podemos quejarnos muchas veces de los hados, pero no los podemos mudar, porque son duros y inexorables. Nadie los mueve, ni con oprobrios, ni con lágrimas, ni con razones. A ninguno perdonan, ni remiten cosa alguna. Dejemos, pues, las lágrimas que no aprovechan, y el dolor con más felicidad nos llevará adonde está el difunto, que volverle á que le gocemos. Si el dolor atormenta y no alivia, conviene dejarle á los principios, retirando el ánimo de los débiles consuelos y del amargo deseo de llorar. Si la razon no pusiere fin á nuestras lágrimas, cierto es que no se le pondrá la fortuna. Ven acá, pon los ojos en todos los mortales, y verás que en todos ellos hay una larga y continuada materia de llorar: á uno llama al cotidiano trabajo su pobreza; otro teme las riquezas que codició, padeciendo con su mismo deseo; á uno aflige la solicitud, á otro el cuidado, y á otro la muchedumbre de los que frecuentan sus zaguanes. Éste se queja de que está cargado de hijos, aquél de que se han muerto. Acabaránse las lágrimas ántes que las causas del dolor. ¿No ves la vida que nos ha prometido la naturaleza? pues ella quiso que el primer agüero fuese el llanto. Con este principio venimos al mundo, y en él consiste el orden de los años venideros, y en esta forma pasamos nuestra vida. Por lo cual conviene que lo que se ha de hacer muchas veces, se haga con moderacion y atendiendo á que son muchas las cosas tristes que nos vienen siguiendo; y si no pudiéremos poner fin á las lágrimas, debemos por lo ménos reservar algunas. En ninguna cosa se debe tener mayor moderacion que en ésta, de que tan frecuente es el uso. Tampoco dejará de ayudarte mucho el entender que á ninguno es ménos grato tu dolor que al mismo á quien juzgas le das. Él no quiere que te atormentes, ó no entiende que te atormentas. Segun esto, no hay razon alguna para esta demostracion. «Porque si aquel por quien se hace no la siente, es superflua; y si la siente, le es pensosa.»

CAPÍTULO XXIV.

Atrévome á decir que en todo el orbe no hay persona que se deleite con tus lágrimas. Pues, dime, ¿para qué son? ¿Piensas que tu hermano tiene contra tí el ánimo que ningun otro tiene, queriendo que con tu aflicción te atormentes, y que pretenda apartarte de tus ocupaciones; quiero decir, de tus estudios y del servicio del César? Esto no es verisímil, porque siempre te amó como á hermano, veneró como á padre y respetó como á superior; y así, aunque quiere que le echés ménos, no quiere que te atormentes. ¿De qué, pues, sirve que te consuma el dolor que tu mismo hermano (si es que en los difuntos hay sentidos) desea que se acabe? De otros hermanos, de cuya voluntad no hubiera tan segura certeza, dijera yo con duda esto. Si tu hermano deseara que con incesables lágrimas te atormentaras, no fuera digno de este tu afecto; y si él no lo quiere, deja tú ese inútil dolor. Porque el hermano, poco amoroso no debe ser llorado tanto, y el que fué amoroso no querrá que le llores. En éste, en quien fué tan conocido el amor, debemos tener por cosa cierta que ninguna cosa le puede ser más acerba que este suceso. Si es acerbo para tí, y si por cualquier modo te atormenta, y conturba tus ojos, indignísimos de todo mal, y si los agota sin poner fin á las lágrimas, ninguna cosa apartará tanto á tu amor de esas inútiles lágrimas, como el pensar que debes dar á tus hermanos ejemplo de sufrir con fortaleza esta injuria de la fortuna. En esta ocasión debes hacer lo que los grandes capitanes hacen en los sucesos graves, en que de industria muestran alegría, encubriendo los casos adversos con fingido regocijo, porque los soldados no desmayen viendo quebrantado el ánimo de su capitán. Lo mismo has de hacer tú, mostrando el rostro disímil del ánimo, y si pudieras acabarlo contigo, debes desechar de todo punto el dolor; y si no pudieras, enciérralo al ménos en lo interior, encarcelándolo, para que no se deje ver; y procura que te imiten tus hermanos; porque ellos tendrán por justo todo lo que vieres hacer, y formarán su ánimo de tu rostro; y habiéndoles de ser el consuelo y el consolador, no podrás impedirles su dolor si dieres largas riendas al tuyo.

CAPÍTULO XXV.

También apartará de tí el excesivo dolor, el persuadirte que ninguna de las cosas que haces se puede encubrir. Grande estimación te ha dado el comun aplauso de los hombres; conviene conservarla. Toda esta muchedumbre de consoladores que te tiene cercado, atendiendo á tu ánimo, mira qué fuerzas tiene contra el dolor; y especulando si sabes usar de tanta destreza en las cosas prósperas, que sepas sufrir varonilmente las adversas, pone sus ojos en los tuyos. Más libres son las acciones de aquellos cuyos afectos se pueden encubrir. Para tí no hay secreto libre, por haberte puesto la fortuna en mucha luz. Todos sabrán cómo te has gobernado en esta herida, y si en recibéndola rendiste las armas, ó si estuviste firme en el puesto. Días há que el amor de César te levantó al más alto estado á

que te atrajeron tus estudios. Ninguna acción plebeya y humilde te es decente. ¿Qué cosa hay tan ratera y afeminada, como entregarte al dolor para que te consuma? En igual sentimiento, no te es lícito lo que lo es á tus hermanos. La opinión recibida de tus estudios y costumbres, no te permite muchas cosas. Mucho es lo que los hombres quieren y esperan de tí. Si querías que todo te fuese lícito, no habías de haber atraído á tí los ojos de todos. Ahora es forzoso que des todo lo que prometiste á los que alaban y celebran las obras de tu ingenio; que aunque algunos no necesitan de tu fortuna, necesitan muchos de tu talento. Atalayas son de tu ánimo, con lo cual jamás podrás hacer acción alguna indigna de varón perfecto y erudito, sin que muchos se arrepientan de lo que de tus partes se admiraron. No te es lícito llorar con demasía; y no es esto sólo lo que no te es lícito, pues aun no lo es el extender el sueño á una mínima parte del día, ni lo es el huir de la muchedumbre de los negocios, retirándote al ocio de tu jardín, ni el recrear con algun voluntario paseo el cuerpo, fatigado con la asistencia del trabajoso oficio, ni alentar el ánimo con la variedad de espectáculos, ni disponer el día á tu albedrío.

CAPÍTULO XXVI.

Muchas cosas no te son lícitas, que lo son á los hombres humildes, que están despreciados en los rincones. La grande fortuna es servidumbre muy grande. No te es lícito hacer cosa alguna por tu gusto. Has de dar audiencia á tantos millares de hombres, has de disponer tantos memoriales, has de acudir al despacho de tantas cosas como de todas las partes del mundo ocurren para poder cumplir por orden el oficio de ministerio tan importante, y esto requiere un ánimo quieto. Digo que no te es lícito llorar, porque para tener tiempo de oír los lamentos de muchos que padecen, y para que aprovechen las lágrimas de los que desean llegar á la misericordia del piadosísimo César, has de enjugar las tuyas. Considera la fe y la industria que debes á su amor, y entenderás que no te es lícito el retirarte, como no lo es á aquel que (según dicen las fábulas) tiene sobre sus hombros el mundo. Al mismo César, á quien es lícito todo, no le son, por esta causa, lícitas muchas cosas. Su cuidado defiende las casas de todos, su trabajo, el ocio de todos; su industria, los deleites de todos, y su ocupación, el descanso de todos. Desde el día que César se dedicó al gobierno del mundo se privó del uso de sí mismo, al modo que á los astros, que deben sin cesar hacer su curso, sin serles lícito ni detenerse ni ocuparse en cosa suya. Así á tí, en cierto modo, te incumbe la misma obligación, no siéndote lícito volver los ojos á tus utilidades ni á tus estudios. Poseyendo César el mundo, no puedes repartirte al deleite ni al dolor ni á ninguna otra cosa; porque te debes todo á César. Añade que confesando tú que amas á César más que á tu vida, no te es lícito, viviendo, el quejarte de la fortuna. Viviendo César, están salvos todos tus deudos; ninguna pérdida has hecho; y así, no sólo has de tener enjutos los ojos, sino alegres. En César lo tienes todo, y él te basta por todos. Poco agrade-

cido serás á la fortuna (cosa que está muy lejos de tus prudentísimos sentidos) si, viviéndote César, dieres permiso á las lágrimas. También te quiero dar otro remedio, si no más firme, al ménos más familiar. Cuando te recoges en tu casa, es el tiempo en que podrás temer la tristeza; porque el que estuvieres mirando á César, no tendrá ella entrada en tí, pues él te poseerá todo; pero en apartándote de su vista, entónces, gozando de la ocasión, pondrá el dolor asechanzas á tu soledad, y poco á poco se entrará en tu ánimo, hallándole desocupado. Conviene, pues, que no permitas estar tiempo alguno apartado de los estudios; entónces las letras, tanto tiempo y con tanta felicidad amadas de tí, te serán gratas, defendiendo á su presidente y su venerador. Entónces Homero y Virgilio (á quien tanto debe el género humano, como ellos te deben á tí, por haberlos hecho conocidos de más naciones de aquellas para quien escribieron) te asistirán muchos ratos, y con eso estará seguro todo el tiempo que les entregares para que te le defiendan. Entónces podrás componer las obras de tu César, para que con pregon doméstico se canten en todas edades. Escribe todo lo que pudieres, pues él te dará materia y ejemplo para escribir todos los sucesos.

CAPÍTULO XXVII.

No me atrevo á pasar tan adelante, aconsejándote que con tu acostumbrada elocuencia enlaces fábulas y apologías, obra áun no intentada por los ingenios romanos; porque es cosa difícil que un ánimo tan fuertemente herido pueda tan presto pasar á estudios regocijados. Ten por señal cierta de estar el ánimo fortalecido y vuelto á su sér, si de los estudios graves y serios pudiere pasar á estos más libres; porque en aquellos, aunque la austeridad de las cosas que trata le llaman áun estando enfermo y contra su voluntad, no admitirá estos otros, que se han de tratar con frente desarrugada, si no es cuando de todo punto estuviere convalecido. Así que, á los principios le has de ejercitar en materias más severas, y templarle despues con otras más alegres. También te será de grande alivio si te hicieres esta pregunta: «El dolor que tengo, ¿es en mi nombre ó en el del difunto? Si es en el mio, acábase la jactancia que de mi sufrimiento solía tener, y comience el dolor, sin que haya en él otra excusa más que el ser honesta; porque el desechar el sentimiento mira á utilidad propia, y ninguna cosa hay ménos decente al varón bueno, que llorar por cuenta y razon en la muerte de su hermano. Si me duelo en su nombre, es necesario que uno de los dos sea juez; porque si á los difuntos no les queda sentido alguno, mi hermano, libre ya de todas las incomodidades de la vida, está restituido al lugar donde estuvo ántes que naciese, y exento de todo mal, no hay cosa que tema, ninguna que desee y ninguna que padezca. Pues ¿qué locura es no dejar jamás de dolerme por el que jamás ha de tener dolor? Si en los difuntos hay algun sentido, ya el ánimo de mi hermano, como libre de una larga prisión, se regocija, gozando de la vista de la naturaleza de las cosas, despreciando desde lugar superior todas las cosas hu-

V.-F.

manas, y viendo más de cerca las divinas, cuyo conocimiento buscó en balde tanto tiempo. Pues ¿por qué me aflijo por el que ó es bienaventurado, ó deja de tener sér? Llorar por el bienaventurado, es envidia, y por el que no tiene sér, es locura.»

CAPÍTULO XXVIII.

¿Muévete, por ventura, el ver que carece de los grandes bienes que le rodeaban? Cuando pusieres el pensamiento en las muchas cosas que dejó, ponle en que son muchas las que deja de temer. No le atormentará la ira ni le afligirá la enfermedad; no le congojará la sospecha, no le perseguirá la tragadora envidia, enemiga de ajenos acrecentamientos; no le dará cuidado el miedo, ni le inquietará la liviandad de la fortuna, que en un instante transfiere en otros sus dádivas. Si haces bien la cuenta, mucho más es lo que se le perdonó que lo que se le quitó. No gozará de las riquezas ni de su gracia y la tuya, no recibirá beneficios ni los dará. ¿Júzgasle desdichado porque perdió estas cosas, ó dichoso porque no las desea? Créeme, que es más feliz aquel que no necesita de la fortuna, que el que la tiene propicia. Todos estos bienes que con hermoso, aunque falaz, deleite nos alegran, el dinero, las dignidades, la potencia y las demas cosas á que con pasmo mira la ciega codicia del linaje humano, se poseen con trabajo y se miran con envidia, quebrantando á los mismos á quien adornan, y siendo más lo que amenazan que lo que prometen. Estas cosas son deslizaderas é inciertas, y jamás se tienen con seguridad; porque cuando cesasen los temores de lo futuro, la misma conservación de la grande felicidad es en sí solícita. Si quieres dar crédito á los que más altamente ponen los ojos en la verdad, toda nuestra vida es un castigo. Estamos arrojados en este profundo y alterado mar, que con alternados otoños es recíproco; que levantándonos ya con repentinis crecimientos, y desamparándonos luégo con mayores daños, nos descompone, sin permitirnos estar en lugar firme. Andamos suspensos y fluctuando, y unos chocamos en otros, y con suceder los naufragios algunas veces, son continuos los temores. A los que navegan en este tempestuoso mar, expuesto á todas las tormentas, ningun otro puerto hay, si no es el de la muerte. No tengas, pues, envidia á tu hermano, que está ya quieto, libre, seguro y eterno. Él tiene vivo á César y á toda su generacion; tiénete á tí y todos los demas hermanos vivos. Él, cuando se le mostraba favorable la fortuna, y cuando con mano liberal le iba acumulando dones, la dejó ántes que ella hiciese alguna mudanza en sus favores. Gozando está ahora de libre y descubierta cielo, habiendo pasado de un humilde y abatido lugar á resplandecer en aquel (sea el que fuere) que recibe en su dichoso seno las almas que dejan las prisiones; ya se espacia con libertad, y con sumo deleite mira todos los bienes de la naturaleza. Andas errado, porque tu hermano no perdió la luz, sino alcanzó otra más segura; á todos nos es comun el viaje con él. ¿Para qué lloramos sus hados? Que él nos dejó; partióse ántes.

CAPÍTULO XXIX.

Créeme, que en la misma grande dicha hay la felicidad de morir, no habiendo cosa cierta que dure un día. ¿Quién, pues, en tan obscura y dudosa verdad adivina si la muerte envidió á tu hermano ó cuidó de él? Es asimismo necesario que la justicia que en todas las cosas mantienes, te ayude á pensar que no se te hizo injuria en quitarte tal hermano sino que se te hizo gracia de todo el tiempo que te fué permitido el usar y gozar de su amor. Injusto es el que no deja albedrío en las dádivas al que las da, y codicioso el que no computa por ganancias lo que recibió, contando por pérdida lo que restituye. Ingrato es el que llama injuria al fin del deleite; ignorante el que piensa que no hay fruto sino en los bienes presentes, y el que no se aquieta con los pasados, temiendo por más ciertos los que se le fueron; porque de ellos no hay temor que de nuevo se vayan. Estrechos términos pone á sus gustos el que juzga que goza solamente los que tiene y ve presentes, no estimando los que tuvo. Porque con mucha presteza se nos huye el deleite, que corre y pasa, y casi se nos quita ántes que venga. Así que, se ha de poner el ánimo en el tiempo pasado, reduciendo y tratando con frecuente recordacion lo que en algun tiempo nos fué deleitable. Más larga y más fiel es la memoria de los deleites que su presencia. Pon entre los sumos bienes el haber tenido un hermano tan bueno, y no atiendas á que pudieras tenerle mucho más tiempo, sino al que le tuviste. La naturaleza de las cosas hace contigo lo que con los demas hermanos, y no te lo dió en propiedad, sino prestado, y despues te lo volvió á pedir cuando quiso; y en esto no atendió á tu altura, sino á su ley. ¿No será tenido por injusto el que sufre molestamente el pagar la moneda que se le prestó, y en particular la que recibió sin interes alguno? Dió la naturaleza vida á tu hermano, y dióla tambien á tí, y ella, usando despues de su derecho, cobró primero la deuda de quien quiso. No se le puede imponer culpa, siendo tan conocida su condicion; impútese á la codiciosa esperanza del ánimo mortal, que de tal manera se olvida de lo que es la naturaleza, que nunca se acuerda de su sér, sino cuando la amonestan. Alégrate, pues, de haber tenido un tan buen hermano, y da gracias del usufructo que de él gozaste, aunque fué más breve de lo que deseabas. Piensa que lo que tú viste fué para tí muy deleitable, y que lo que perdiste era humano; porque no hay cosa ménos congruente entre sí que mostrar dolor de que un hermano te haya vivido poco, y no tener gozo de que tuviste tal hermano; diráme: «Así es, pero quitáronme cuando no lo pensaba.» A cada uno engaña su credulidad, y el olvido de la muerte en las cosas que ama. La naturaleza á ninguno prometió que haria gracia en la necesidad del morir. «Cada dia pasan por delante de nuestros ojos los entierros de personas conocidas y no conocidas, y nosotros, divertidos en otras cosas, llamamos repentino lo que toda la vida se nos está intimando.» Segun esto, no es culpable el rigor de los hechos, sino la malicia del humano entendimiento, que insaciable de todas las cosas, siente salir de la posesion á que fué admitida por voluntad.

CAPÍTULO XXX.

¿Cuanto más justo fué aquel, que dándole nuevas de la muerte de su hijo, pronunció una sentencia digna de un gran varon? «Cuando yo le engendré, supe que habia de morir.» Verdaderamente no te admirarás de que naciese de éste el que habia de tener valor para morir con fortaleza. No recibió la muerte de su hijo como nueva embajada; porque morir el hombre, cuya vida no es otra cosa que un viaje á la muerte, ¿qué tiene de nuevo? «Cuando yo le engendré, supe que habia de morir.» Despues de esto, añadió una cosa de mayor ánimo y prudencia, diciendo: «Para esto le crié.» Todos nacemos para esto, y cualquiera que viene á la vida, está destinado á la muerte. Regocijémonos, pues, todos con lo que nos dan, y volvámoslo cuando nos lo piden. Los hados comprehenderán á unos en un tiempo, y á otros en otro; pero á nadie dejarán libre. Esté prevenido el ánimo, y no tema; ántes espere lo que es forzoso. ¿Para qué te he de referir muchos capitanes y toda su generacion, y otros varones insignes por sus muchos consulados y triunfos, que han acabado con inexorable suerte? Reinos enteros con sus reyes, y pueblos con sus ciudadanos, pasaron su hado. Todos y todas las cosas esperan el último dia, aunque el fin de todas no es el mismo. A uno desampara la vida en el medio curso, á otro en la misma entrada, á otro, fatigado en extrema esclavitud, y deseoso de salir de ella, apenas le deja. Unos vamos en un tiempo y otros en otro; pero todos caminamos á un lugar. No te sabré decir si es mayor necedad ignorar la ley de la mortalidad, ó mayor desvergüenza rehusarla. Ven acá, toma en tus manos aquellas obras que están celebradas con mucho trabajo de tu ingenio; los versos, digo, de los dos autores, que de tal manera tradujiste, que aunque no les quedó su composicion, les ha quedado su gracia; porque de tal suerte los pasaste de una lengua en otra, que (siendo cosa tan dificultosa) te siguieron en la ajena todas las virtudes. No hallarás en todos aquellos escritos libro alguno que deje de darte muchos y varios ejemplos de la humana variedad y de los inciertos sucesos y vanas lágrimas, que ya por esta, ya por aquella causa se derraman. Lee lo que con gallardo espíritu en grandes cosas entonaste, y tendrás vergüenza de que con brevedad se haya de acabar, y caer de tan gran altura de estilo. No hagas de modo que los que poco há se admiraban de tus escritos, pregunten cómo es posible que un ánimo tan frágil haya concebido cosas tan grandes y tan sólidas. Pasa la vista de estas cosas que te atormentan á las muchas, que te consuelan; pon los ojos en tan buenos hermanos, ponlos en tu mujer y en tu hijo. Por la salud de todos éstos se convino contigo la fortuna de esta porcion; muchos te quedan con que aquietarte.

CAPÍTULO XXXI.

Librate de esta nota, porque no entiendan todos que tiene en tí mayor fuerza un dolor que tantos consuelos. Ya ves que todos éstos están heridos juntamente contigo, y que no pueden aliviarte, y que ántes esperan que tú los consueles; y así, cuanto ménos hay en ellos

de doctrina y de ingenio, tanto más es necesario que tú resistas al comun mal. Parte de consuelo es dividir el dolor entre muchos; porque con esto será pequeña la parte que en tí haga asiento. No dejaré de traerte muchas veces á la memoria á César; porque gobernando el orbe, y mostrando cuán más seguramente se guarda el imperio con beneficios que con armas, y presidiendo él á las cosas humanas, no hay peligro de que sientas haber hecho pérdida alguna. Éste sólo te es suficiente amparo y consuelo. Esfuérzate, y todas las veces que las lágrimas se te vinieren á los ojos, ponlos en César, enjugaránse con la vista de aquella grande y clarísima majestad. Su resplandor los atraerá á que no puedan mirar otra cosa, y los detendrá fijados en él. En éste, en quien pones tú la vista de dia y de noche, y nunca apartas de tu ánimo, has de poner el pensamiento, llamándole contra la fortuna, y no dudo, segun es su mansedumbre y liberalidad para con todos sus allegados, que habrá ya curado esta tu herida con muchos consuelos, y que te habrá dado algunos que hayan puesto estanco á tu dolor. Cómo no ha de haberlo hecho? ¿Por ventura el mismo César, mirado solamente ó imaginado, no te basta para gran consuelo? Los dioses y las diosas lo presten por muchos dias á la tierra. Exceda los hechos y los años del divo Augusto; pero hagas de modo que el tiempo que fuere mortal no vea en su casa cosa mortal, y que con larga fe apruebe á su hijo para gobernador del imperio romano, teniéndole ántes por compañero que por sucesor. Sea muy tardío y en tiempo de nuestros nietos, el dia en que su gente le celebre en el cielo.

CAPÍTULO XXXII.

Aparta, oh fortuna! tus manos de este varon, y no muestres en él tu potencia, sino es por la parte que le has de ser provechosa. Permite que él remedie al género humano, que há mucho tiempo está enfermo y fatigado. Permite que éste repare todo lo que la locura de su antecesor descompuso. Resplandezca siempre esta estrella, que salió á dar luz al orbe cuando estaba despeñado en el profundo y anegado en tinieblas. Pacifíque éste á Germania, abra el paso á Bretaña, y lleve juntos los triunfos de su padre y los suyos. Su clemencia (que entre las demas virtudes tuyas tiene el primer lugar) promete que he de ser yo uno de los que los vean; porque no me derribó de tal manera, que deje de levantarme; ántes debo decir que no me derribó, sino que estando impelido de la fortuna, me sostuvo; y yéndome á despeñar, usando él de la moderacion de mano divina, me depuso suavemente. Intercedió por mí al Senado, y no sólo me dió la vida, sino que la pidió. Determine en la forma que quisiere se juzgue mi causa, que su justicia la aclarará por buena, ó su clemencia hará que lo sea. Por igual beneficio reconoceré el enterarse de que estoy inocente, ó el declarar que lo soy. En el ínterin es gran consuelo de mis trabajos el ver que anda esparcida por todo el orbe su clemencia; de la cual, cuando del rincón donde estoy encerrado sacáre á muchos á quien derribó la ruina de los tiempos, no recelo me deje á mí sólo. Él conoce la sazón en que debe socorrer á cada uno, y yo procuraré que no se arrepienta de que llegue

á mí su favor. Oh felicidad! pues tu clemencia, César, hace que los desterrados de tu tiempo tengan más quietud de la que en el imperio de Cayo tuvieron los príncipes. No viven con temor ni esperanza de ver cada hora el cuchillo, ni se atemorizan con la venida de cualquier bajel. En tí conciben, así el temperamento de la airada fortuna, como la esperanza de su mejoría y la quietud de la presente. Ten por cierto que son justísimos aquellos rayos que áun los heridos los veneran.

CAPÍTULO XXXIII.

O yo me engaño, ó ese príncipe que es consuelo de todos los hombres, habrá recreado tu ánimo, aplicando remedios eficaces á tan fuerte herida, y que de todas maneras te habrá alentado, y que con su tenacísima memoria te habrá referido todos los ejemplos con que recobres la igualdad del ánimo, y que con su acostumbrada elocuencia te ha representado los preceptos de todos los sabios. Así que ninguno mejor que él podrá tomar á su cargo el persuadirte. Las razones que por él fueren dichas tendrán diferente peso, y como salidas de un oráculo, deshará á su divina autoridad la fuerza de tu dolor. Imagino que te dice: «No eres tú solo á quien la fortuna ha cogido para hacerle tan grande injuria. Ninguna casa ha habido ni hay sin ningunas lágrimas. Dejaré los ejemplos vulgares, que aunque son menores, son admirables. Quiero llevarte á los fastos y anales públicos. ¿Ves todas estas imágenes que adornan el palacio de César? Ninguna de ellas fué insigne, sin alguna descomodidad de los suyos. Ninguno de estos varones, que resplandecieron para ornato de los siglos, dejó de ser afligido con muertes de sus deudos, ó su muerte causó afliccion de ánimo á los suyos. ¿Para qué te he de referir á Escipion Africano, á quien llegó la nueva de la muerte de su hermano estando en destierro? Éste, que le libró de la cárcel, no le pudo librar del hado, siendo á todos manifiesto cuán impaciente fué el amor de Africano, pues sin sufrir la comun ley, el mismo dia que quitó á su hermano de las manos de los alguaciles, se opuso, siendo persona particular, á la autoridad del tribuno del pueblo. Éste, pues, llevó la muerte de su hermano con el mismo valor con que le habia defendido. ¿Para qué te he de referir á Emilianio Escipion, que vió casi en un mismo tiempo el triunfo de su padre y el entierro de dos hermanos? Y con ser mancebo y en edad pueril, sufrió aquella repentina calamidad de su casa, que cayó sobre el triunfo de Paulo, llevándola con tan grande ánimo, como convenia á un varon que habia nacido para que ni faltase á Roma un Escipion, ni quedase en pié Cartago.»

CAPÍTULO XXXIV.

«¿Para qué te he de referir la concordia de los dos Lúculos, rompida con la muerte? ¿Para qué los Pompeyos, á quien áun no permitió la enojada fortuna que acabasen de una misma caida? Vivió Sexto Pompeyo, quedando viva su hermana, y con la muerte de ella se desataron los lazos de la paz romana, que estaba bien unida. Asimismo vivió despues de muerto su buen her-

mano, á quien habia levantado la fortuna para sólo derribarle de no menor altura de la que habia derribado á su padre. Y con todo eso, despues de estos sucesos, no sólo resistió al dolor, sino tambien á las guerras. Innumerables ejemplos socorren de todas partes, de hermanos á quien dividió la muerte; ántes apénas se han visto algunos pares que hayan llegado juntos á la vejez. Pero quiero contentarme con los ejemplos de mi casa, pues ninguno habrá tan falto de sentido ni de entendimiento, que se queje de que la fortuna le acarreo lágrimas, si consideráre que no ha reservado de ellas á César. El divo Augusto perdió á Octavia, su carísima hermana, y no le eximió la naturaleza de la necesidad de llorar, y la que le crió para el cielo no le privilegió en las lágrimas; ántes estando afligido con todo género de muertes, perdió tambien el hijo de su hermana, que estaba destinado para sucederle. Finalmente, para no contar todos sus llantos, perdió yernos, hijos y nietos; y ninguno de los mortales, miéntras vivió entre los hombres, conoció más el serlo que él. Con todo eso, aquel su pecho, capazísimo de todas las cosas, aunque comenzó tantos y tan grandes lamentos, fué no sólo vencedor de las naciones, sino tambien de los dolores. Cayo César, nieto del divo Augusto, mi abuelo, en los primeros años de su mocedad, siendo príncipe de la juventud, perdió á su carísimo hermano Lucio, que era asimismo príncipe de la juventud en la prevencion de la guerra Pártica; siendo para él mayor esta herida del ánimo que la que despues recibió en el cuerpo, habiendo sufrido entrambos golpes con virtud y fortaleza. César, mi tío, entre los abrazos y besos perdió á Druso Germánico, mi padre, hermano menor suyo, cuando estaba abriendo lo más cerrado de Alemania, sujetando al imperio romano aquellas ferocísimas gentes. Pero no sólo puso término á sus lágrimas, sino á las de los otros y á todo el ejército, que no sólo estaba triste, sino atónito; y cuando pedía para sí el cuerpo de su Druso, le redujo á que el llanto fuese conforme á la costumbre romana, juzgando que no sólo convenia guardar la disciplina en el militar, sino tambien en el llorar. No pudiera enfrenar las lágrimas de los otros, si primero no hubiera reprimido las suyas.»

CAPÍTULO XXXV.

«Marco Antonio, mi abuelo, á nadie inferior sino aquel de quien fué vencido, oyó la muerte de un hermano en la sazón que, adornado con la potestad triunviral y sin reconocer cosa que le fuese superior, excepto los dos compañeros, teniendo por inferiores á todos los demas, estaba formando la república. (¡Oh desenfrenada fortuna, que de los humanos males haces deleites para tí!) Al tiempo que Marco Antonio era árbitro de la vida ó muerte de sus ciudadanos, en ese mismo tiempo fué llevado un hermano suyo al suplicio, y sufrió esta tan grave herida con la misma grandeza de ánimo con que habia sufrido otras adversidades, y sus llantos fueron hacer las exequias á su hermano con la sangre de veinte legiones. Pero dejando muchos ejemplos, y callando en mí otros entierros, la fortuna me ha acometido dos veces con muertes de dos hermanos, y en-

trambas ha conocido que aunque ha podido ofenderme, no ha podido vencerme. Perdí á mi hermano Germánico, á quien amaba, como podrá entender el que supiere cómo se aman los buenos hermanos. Pero de tal modo goberné los afectos, que ni dejé de hacer cosa de las que deben hacer los buenos hermanos, ni hice alguna que fuese reprehensible en un príncipe.» Advierte, Polibio, que el padre de todos es el que te ha referido estos ejemplos, y que él mismo te ha mostrado que para la fortuna no hay cosa sagrada ni reservada, pues se atrevió á sacar entierros de la familia de donde habia de sacar dioses. Así que, nadie se admire de lo que le ve hacer inicua y cruelmente. ¿Podrá, por ventura, esperarse que tenga alguna piedad y modestia con las casas particulares, aquella cuya crueldad ensució con muertes los tálamos imperiales? Aunque más injurias le digamos, no sólo con nuestras lenguas, sino con las de todos, no por eso se muda, ántes con las quejas y con los ruegos se engríe. Esto ha sido la fortuna en las cosas humanas, y esto será siempre. Ninguna cosa ha dejado intacta, y ninguna dejará; irá siempre más violenta en todas las cosas, atreviéndose, como lo tiene de costumbre, á entrar con injuria en aquellas casas á que se entra por los templos, vistiendo de luto las puertas laureadas.

CAPÍTULO XXXVI.

Esto sólo alcancemos de ella con votos y plegarias públicas: que si no tiene hecha resolucion de destruir el linaje humano, y si todavia mira con ojos propicios el nombre romano, se complazga de tener á este príncipe por sacrosanto, como todos los mortales le tienen, por ser dado para el reparo de las cosas humanas, que tan caidas estaban. Aprende de este piadosísimo príncipe la clemencia y la suavidad. Debes, pues, poner los ojos en todos aquellos que están referidos, que ó están ya en el cielo, ó cercanos á entrar en él, y con esto podrás sufrir con igualdad de ánimo las injurias de la fortuna, que alarga hácia tí sus manos, pues no las aparta de aquellos por quien juramos. Debes imitar la firmeza de César en sufrir y vencer los dolores, caminando (en cuanto es lícito á los hombres) por las huellas divinas. Aunque hay en otras cosas gran diferencia de dignidades, la virtud siempre está en medio, sin desdeñar á ninguno de los que se juzgan dignos de ella. Irás bien si imitares á los que pudiendo indignarse de no verse exentos de este mal, no tuvieron por injuria, sino por derecho de mortalidad, el ser iguales á los demas hombres, y llevaron los sucesos no con demasiada aspereza y enojo, ni baja ni afeminadamente. «El no sentir los males no es de hombres, y el no sufrirlas no es de varones.» Habiendo referido todos los césares á quien la fortuna quitó hermanos y hermanas, no puedo pasar en silencio al que debiera ser repellido del número de los césares, por haberle criado la naturaleza para acabamiento y afrenta del linaje humano; aquel que dejó el imperio de todo punto perdido, para que le recrease la clemencia de nuestro piadosísimo príncipe. Habiéndose muerto á Cayo César su hermana Drusila, debiendo por su muerte tener ántes gozo que dolor,

luyó de la vista y trato de sus ciudadanos, y no se halló á las exequias de su hermana, ni pagó las obligaciones, ántes se fué á su Albano. ¿Aligeró por ventura el dolor de la acerbisima muerte, asistiendo al tribunal, oyendo los abogados, ó con otros negocios de este género? ¡Oh afrenta del imperio, que en la muerte de una hermana hayan sido los dados el consuelo del ánimo de un príncipe romano! Este mismo Cayo con loca inconstancia anduvo, ya con barba y cabello descompuesto, ya midiendo sin concierto las costas de Italia y Sicilia, sin jamas tenerse certeza si queria que su hermana fuese llorada ó venerada. Porque en la misma sazón que determinaba edificarle templos y altares, castigó con cruelísima demostracion á los que vió estaban poco tristes. Porque con la misma destemplanza de ánimo sufría los golpes de sucesos adversos, con que levantado de los prósperos, se ensoberbecia fuera del humano modo. Apartemos léjos de cualquier varon romano este ejemplo de quien, ó desechó de sí el llanto con intempestivos juegos, ó le despertó con la fealdad de trajes asquerosos y sucios, alegrándose con ajenos males, y no con humanos consuelos. Tú no tienes que mudar en tu costumbre, porque siempre te resolviste amar aquellos estudios que levantan la felicidad con templanza, y disminuyen las adversidades con facilidad. Y estos estudios, junto con ser grande adorno de los hombres, son asimismo grandes consuelos.

CAPÍTULO XXXVII.

Engólfate, pues, en esta ocasion más hondamente en tus estudios, céreate ahora con ellos, poniéndolos por defensa del ánimo. No balle el dolor por parte alguna entrada en tí. Alarga asimismo la memoria de tu hermano en alguna obra de tus escritos; porque en las cosas humanas, sola ésta es á quien ninguna tempestad ofende y ninguna vejez consume. Todas las demas, que consisten ó en labores de piedras ó en fábricas de mármol, ó en túmulos de tierra levantados en grande altura, no durarán mucho tiempo, porque están sujetas á la muerte. La memoria del ingenio es inmortal; dale ésta á tu hermano, colocándole en ella; mejor es que con tu duradero ingenio le eternices, que no que con vano dolor le llores. En cuanto toca á la fortuna, no estás ahora para que pase ante tí su causa; porque todo lo que nos dió nos es aborrecible con cualquier cosa que nos quita. Trataráse esta causa cuando el tiempo

te hiciere más desapasionado juez de ella, y entónces podrás volver é estar en su amistad; porque tiene prevenidas muchas cosas con que emendar esta injuria, y no pocas con que recompensarla. Y finalmente, todo lo que ella te quitó, te lo habia dado. No quieras, pues, usar contra tí de tu ingenio, ni ayudar con él á tu dolor. Puede tu elocuencia calificar por grandes las cosas pequeñas, y atenuar y abatir las mayores; pero estas fuerzas resérvalas para otra ocasion, y ahora ocúpense todas en tu consuelo. Atiende tambien á que no parezca flaco este dolor, que aunque la naturaleza quiere haya alguno, es mayor el que se toma por vanidad. Yo no te pediré que dejes de todo punto las lágrimas, aunque hay algunos varones, de prudencia más dura que fuerte, que afirman no ha de llorar el sabio. Parece que los que esto dicen no han llegado á semejantes sucesos; que de otra manera, la fortuna les hubiera despojado de esta arrogante sabiduría, forzándolos á confesar la verdad contra su gusto. No hará poco la razon si cercenare al dolor lo supérfluo y superabundante; porque querer que de todo punto no se consienta alguno, ni se puede esperar ni desear. Guardemos, pues, tal temperamento, que ni mostremos desamor ni locura, conservándonos en traje de ánimo amoroso y no enojado. Corran las lágrimas; pero tenga fin la corriente. Salgan gemidos de lo profundo del pecho, pero tambien tengan limite. Gobierna tu ánimo de tal manera, que te aprueben los sabios y tus hermanos. Procura que frecuentemente te ocurra la memoria de tu hermano, para celebrarle en las conversaciones, y para tenerle presente con la continua recordacion. Consiguéráelo, si hicieres que su memoria te sea agradable, y no dolorosa; porque es cosa natural el huir siempre el ánimo de aquello á que va con tristeza. Pon el pensamiento en su modestia, ponle en la traza que para todas las cosas tenia, ponle en la industria con que las ejecutaba, y finalmente, en la constancia de lo que prometia. Cuenta á otros todos sus dichos, celebra sus hechos, acordándote de ellos. Acuérdate qué fué, y lo que se esperaba habia de ser; porque de tal hermano, qué cosa no se podia esperar con seguridad? Estas cosas he compuesto en la forma que he podido, con mi ánimo desusado y entorpecido en este tan apartado sitio; y si pareciere que satisfacen poco á tu ingenio ó que remedian poco tu dolor, considera que no socorren con facilidad las palabras latinas al que atruena la descompuesta y pesada vocería de bárbaros.

LIBRO SÉPTIMO.

DE LA POBREZA.

COMPUESTO DE VARIAS SENTENCIAS.

Epicuro dijo que la honesta pobreza era una cosa alegre; y debiera decir que siendo alegre, no es pobreza; porque el que con ella se aviene bien, ese solo es rico, y no es pobre el que tiene poco, sino el que desea más; pues aprovecha poco al rico lo que tiene encerrado en el arca y en los graneros, los rebaños de ganado y la cantidad de censos, si tras eso anhela por lo ajeno, y si tiene el pensamiento, no sólo en lo adquirido, sino en lo que codicia adquirir. Pregúntasme cuál será el término de las riquezas. Lo primero es tener lo necesario, y lo segundo poseer lo que basta. No habrá quien goce de vida tranquila mientras cuidare con demasía de aumentar su hacienda, y ninguna aprovechará al que la poseyere, si no tuviere dispuesto el ánimo para la pérdida de ella. Por ley de naturaleza se debe juzgar rico el que goza de una compuesta pobreza, pues ella se contenta con no padecer hambre, sed ni frío. Y para conseguir esto no es necesario asistir á los soberbios umbrales de los poderosos, ni surcar con tempestades los no conocidos mares, ni seguir la sangrienta milicia; pues con facilidad se halla lo que la naturaleza pide. Para lo superfluo y no necesario se suda; por esto se humillan las garnachas, y esto es lo que nos envejece en las pretensiones, y lo que nos hace naufragar en ajenas riberas. Porque lo suficiente para la vida, con facilidad se halla; siendo rico aquel que se aviene bien con la pobreza, contentándose de una honesta moderación. El que no juzga sus cosas muy amplas, aunque se vea señor del mundo, se tendrá por infeliz. Ninguna cosa es tan propia del hombre, como aquella en que no hay útil considerable para quien se la quita. En tu cuerpo hay muy corta materia para robos; pues nadie, ó por lo ménos pocos derraman la sangre humana por sólo derramarla. El ladrón deja pasar al desnudo pasajero, y para el pobre aún en los caminos sitiados hay seguridad. Aquel abunda más de riquezas, que ménos necesita de ellas. Y si vivieres conforme á las leyes de la naturaleza, jamas serás pobre; si con las de la opinion, jamas serás rico; porque siendo muy poco lo que la naturaleza pide, es mucho lo que pide la opinion. Si sucediere juntarse en tí todo aquello que muchos hombres poseyeron, y si la fortuna se adelantare á que tengas más dinero del que con modo ordinario se consigue, si te cubriere de oro y te adornare de púrpura, y te pusiere en tantas riquezas y deleites, que no sólo te permita el poseer muchos bienes, sino el hollarlos, dándote estatuas y pinturas y todo aquello que el arte labra en plata y oro para servir á la destemplanza, de estas mismas cosas aprenderás á codiciar más. Los

deseos naturales son finitos, y al contrario, los que se originan de falsa opinion no tienen fin; porque á lo falso no hay límite, habiéndole para la verdad. Apártate, pues, de las cosas vanas, y cuando quieras conocer si el deseo que tienes es natural ó ambicioso, considera si tiene algun término fijo donde parar, y si despues de haber pasado muy adelante, le quedare alguna parte más léjos adonde aspire, entenderás que no es natural. La pobreza está despejada, porque está segura y sabe que cuando se tocan las cajas, no la buscan; cuando es llamada á alguna parte, no cuida de lo que ha de llevar, sino cómo ha de salir. Y cuando ha de navegar no se inquietan las riberas con estruendo ni acompañamiento, no le cerca la turba de hombres, para cuyo sustento sea necesario desear la fertilidad de las provincias transmarinas. El alimentar á pocos estómagos, que no apetezen otra cosa más que el sustento natural, es cosa fácil. La hambre es poco costosa, y eslo mucho el fastidio. La pobreza se contenta con satisfacer á los deseos presentes. Sano está el rico que si tiene riquezas, las tiene como cosas que le tocan por defuera. Pues ¿por qué has de rehusar tener por compañera á aquella cuyas costumbres imita el rico que se halla sano? Si quieres estar desocupado para el ánimo, conviene que desees ser pobre, ó por lo ménos semejante á pobre. No puede haber estudio saludable sin que intervenga cuidado de la frugalidad, y ésta es una voluntaria pobreza, que muchos hombres la sufrieron, y muchos reyes bárbaros vivieron con solas raíces, pasando una hambre indigna de decirse, y esto lo padecieron por el reino, y lo que más admiracion te causará, es el padecer por reino ajeno. En las adversidades es cosa fácil despreciar la vida; pero el que puede sufrir la calamidad, ese muestra mayor valentía. ¿Habrá quien dificulte el sufrir hambre por librar su ánimo de frenesí? A muchos les fué el adquirir riquezas, no fin de las miserias, sino mudanza de ellas; porque la culpa no está en las cosas, sino en el ánimo. Esto mismo que hizo no fuese grave la pobreza, hará que lo sean las riquezas. Al modo que al enfermo no le es de consideracion ponerle en cama de madera ó de oro, porque á cualquiera que le mudes, lleva consigo la enfermedad; así tampoco hace al caso que el ánimo enferme en riqueza ó en pobreza, pues siempre le sigue su indisposicion. Para estar con seguridad no necesitamos de la fortuna, aunque se muestre airada; que para lo necesario cualquier cosa es suficiente. Y para que la fortuna no nos halle desapercibidos, hagamos que la pobreza sea nuestra familiar. Con más de-

tencion nos harémos ricos, si llegáremos á conocer cuán poco tiene de incomodidad el ser pobres. Comienza á tener amistad con la pobreza; atrévete á despreciar las riquezas, y luego te podrás juzgar sugeto digno para servir á Dios, porque ninguno otro es merecedor de su amistad, sino el que desprecia las riquezas. Yo no te prohibo las posesiones; pero querria alcanzar de tí que las poseas sin recelo, lo cual conseguirás con sólo juzgar que podrás vivir sin tenellas, y si te persuadieses á recibirlas como cosas que se te han de ir, aparta de tu amistad al que no te busca á tí por tí, sino porque eres rico. La pobreza debe ser amada, porque te hace demostracion de los que te aman. Gran cosa es no pervertirse el ánimo con la familiaridad de la riqueza, y sólo es grande aquel que, poseyendo mucha hacienda, es pobre. Nadie nació rico, porque á los que vienen al mundo se les manda vivan contentos con leche y pan, y de estos principios nos reciben los reinos; porque la naturaleza no desea más que pan y agua, y para conseguir esto nadie es pobre; y el que pusiere límite á sus deseos, podrá competir con Júpiter en felicidad; porque la pobreza, ajustada con las leyes de la naturaleza, es una riqueza muy grande; y al contrario, la riqueza grande es una continua inquietud, que desvaneciendo el cerebro, le altera, haciendo que en ninguna cosa esté firme; á unos irrita contra otros, á unos llama á la potencia, y á otros hace desvanecidos, y á muchos afeminados. Y si quieres averiguar que en la pobreza no hay cosa que sea mala, compara á los pobres con los ricos, y verás que el pobre se rie más ve-

ces y con risa más verdadera, porque no estándole combatido de cuidados, se ve en tal altura, donde los que vienen, se le pasan como ligera nube. Y al contrario, la alegría de aquellos que juzgamos felices es fingida, que aunque con gravedad resplandecen en la púrpura, sin descubrir en público sus tristezas, son por esa causa mayores, por no serles lícito publicar sus miserias, siéndoles forzoso mostrarse felices entre las calamidades que les oprimen el corazón. Las riquezas, los honores, los mandos y todas las demás cosas que por opinion de los hombres son estimadas, abstraen de lo justo. No sabemos estimar las cosas, de cuyo valor no hemos de hacer aprecio por la fama, sino por la naturaleza de ellas. Y éstas no tienen cosa magnífica que atraiga á sí nuestros entendimientos, más de aquello de que solemos admirarnos; porque no las alabamos porque ellas son dignas de apetecerse, sino apetece-mosla porque han de ser alabadas. Tienen las riquezas esta causa antecedente, que ensoberbecen el ánimo, engendran soberanía y arrogancia, con que despiertan la envidia, y de tal manera enajenan el entendimiento, que aún sola la opinion de ricos nos alegra, siendo muchas veces dañosa. Conviene, pues, que todos los bienes carezcan de culpa; que los que son de esta manera son puros y no corrompen ni distraen el ánimo, y si lo levantan y deleitan, es sin recelos; porque las cosas buenas engendran confianza, y las riquezas entendimiento. Las cosas buenas dan grandeza de ánimo, y las riquezas dan insolencia.